

Monotonía de la circunferencia

Pensé en ello pero no dije nada. En la parada del autobús soplaba una brisa cálida y agradable, dejando de lado, por supuesto, la porquería que escupen las grúas, los edificios, los vehículos, las alcantarillas... los hombres que decoran el paisaje. El tipo que estaba sentado a mi lado lo dijo, mientras yo lo pensaba él lo dijo. Sabía que lo diría. Permanecí en silencio y él lo soltó, le miré, se que les gusta hablar de estas cosas, los reconozco, casi puedo olerlos, así que asentí suavemente y le devolví una sonrisa estúpida. El autobús llegaba con retraso. El viejo que estaba de pie en el borde de la acera reiteró la observación del tipo. Arrugado como un dátil y con la voz similar a la de un motor de 8 cilindros, añadió que en su época esto no se veía, que el calor que hacía en estas fechas sencillamente no era normal y que el mundo entero se va a ir al carajo dentro de muy poco si la cosa seguía así.

A la una y treinta y cinco tenía la lista de la compra en la mano. Un trabajo fácil.

Delante de mí el enorme pasillo de la tercera planta del almacén. La luz de los fluorescentes y la que se colaba por las ventanas se reflejaba en el suelo de cemento pulido. Unas ventanas tan altas que no podías ver nada salvo el cielo, que no era azul, ni blanco, ni gris.

Fui agarrando lo que ponía la lista. No hay nada que hacer, hay días en los que pienso un poco en mis cosas, me organizo las ideas, otros viajo por lugares lejanos o pienso en esa vecina de la infancia que siempre quise arrinconar y meterle los dedos debajo de la falda para sentir su humedad y decirle en la pata de la oreja...

-¡Lucas, dejaste la puerta de la cuarta abierta, coño!

-Lo siento.

-Como se repita te pongo una amonestación.

En la cuarta planta se almacenan productos como teléfonos, collares, relojes, camisas,

condones, peluches; en su mayoría basura de la buena. Todo se encuentra dentro de una jaula cerrada bajo llave. La llave hay que pedírsela al encargado. Y volver a cerrar la jaula cuando se ha terminado, también es parte del juego.

Una amonestación quiere decir un castigo. Un castigo significa una vida menos, a la tercera ESTÁS FUERA. Igual que en el beisbol.

Hacía unos cuatro meses que trabajaba en el almacén, cada día igual, con dos días libres por semana. La jornada acababa a las diez de la noche, comenzaba a la una y media, el trayecto de ida y vuelta era de 1 hora 45 minutos y aún no me había vuelto loco. Mi vida se había convertido en un ciclo de tiempos marcados. Una carrera que empieza y acaba en el mismo sitio. En los trayectos leía mucho. Me emborrachaba por las noches a solas viendo películas antiguas en mi habitación.

El curso comenzaba en una semana. Era el segundo año y aunque no estaba especialmente entusiasmado en regresar, no tenía nada mejor que hacer.

Al principio estaba bien, es decir era interesante. Por ejemplo Pol se había pasado los tres meses que duró su asignatura repitiéndome: Lo que tu estás haciendo es un cuento, pero yo no estoy pidiendo un cuento, lo que yo quiero es un guión, Y yo le seguía entregando folio tras folio con historias y él decía: no, no puede ser. Y yo le decía: no se a lo que te refieres. Y le preguntaba ¿Te gusta o no te gusta?. Y él ponía cara de electrocardiograma, se tocaba el bigote y me decía: Un guión, Dios mío, quiero un guión.

También estaban Maira, Gabriel y Nestor. La pasábamos tremendamente bien cuando salíamos a tomar algo por ahí, sin dinero, adoptando la actitud de quién se cree que todo lo que le rodea le pertenece y puede modificarlo a su antojo en cualquier momento. Trucos de magia. Interpretación. Una obra de teatro de un solo acto continuo.

Y luego estaba el fabuloso director-productor-fundador Yo Me Lo Guiso Yo Me Lo Como (Ymlg Ymlc), comunista exiliado admirador de Freud por sobre todas las cosas después de admirarse un par de veces a si mismo. Megalómano implacable.

Y el Compi, alguien verdaderamente particular. Con él tenía conversaciones intensas. Te hablaba de un modo que parecía que te iba a coser a puñetazos; pero nunca lo hacía. Recuerdo un día que me contó la historia de como fue la verdadera muerte de Bob Marley, ya sabes, no la que sale en los libros o en la red, sino la verdadera la del médico nazi que lo infectó usando drogas experimentales hasta enfermarlo causándole una muerte cruel y dolorosa; y cosas por el estilo.

Parecía que realmente algo se movía. Había un ambiente caldeado y pegajoso de creación a más no poder. Parecía que se había desatado una epidemia muy contagiosa y todos estábamos infectados.

Ymlg Ymlc me presentó a Céline. Fue una tarde, no iba a trabajar así que decidí darme una vuelta por la academia. Teníamos un material que habíamos grabado y ahora había que editarlo. Ymlg Ymlc dijo que Céline era muy buena montadora (hizo una broma de doble sentido con el verbo montar que no pienso transcribir) y que debería echarme una mano. Faltaban tres semanas para acabar el curso así que acordamos que empezariamos al volver de vacaciones.

Después de darnos una escueta explicación de los referentes fálicos que se encuentran continuamente en los decorados de las películas de John Ford, Ymlg Ymlc nos dejó para que organizáramos un poco el trabajo. Nos pusimos de acuerdo en los días que podíamos coincidir y luego conversamos sobre cosas triviales. Ella no hablaba casi español, le costaba un gran esfuerzo. La luz del sol que entraba en la galería a través del ventanal producía destellos que me cegaban al reflejarse en el colgante que llevaba en el pecho. Me giré y me puse a su lado apoyado en la pared,

sus cabellos olían a albahaca. Observé como cambiaban de forma las sombras en el patio de manzana, mientras el sol descendía hasta esconderse detrás del edificio.

Era festivo. A parte de algún que otro acto conmemorativo, las calles estaban prácticamente desiertas. Todos los pasajeros que iban en el autobús excepto yo, bajaron en la parada de la estación. El conductor esperó unos minutos por si subía alguien, cerró la puerta y arrancó. Faltaba mucho para llegar a mi destino. Los pequeños saltos ocasionados por los baches de la carretera y el susurro del aire acondicionado eran una deliciosa mezcla a la que no me pude resistir.

Una lluvia intensa me cae en la cara. Estoy en medio del llano, miro alrededor y no hay ningún lugar en el que me pueda refugiar, así que permanezco echado en el suelo encharcado. A lo lejos Arguaneyes y Alcornos cortan los primeros rayos de sol formando sombras grotescas. Contemplo como el chaparrón baña todo el llano en su extensión sin límites. Detrás de los árboles parece haber más llanura. Las gotas no tocan la tierra. Son grandes como edificios, se detienen encima de mi cabeza, suspendidas en el aire. Me pregunto que esperan. Un tucusito empieza a picotearme la oreja. Le canto “tucusito, tucusito, llévame a cortar las flores”. Trato de pegarle un mordisco pero sale disparado, zigzagueando hasta perderse de vista. Las gotas se hacen largas hasta transformarse en agujas de reloj. Segundos, en su mayoría. Caen y se clavan en la tierra. Intento correr pero no consigo levantarme. Una de las agujas se clava en mi hombro izquierdo, provocándome un calambre.

Delante de mí tenía al conductor del autobús impecablemente uniformado, zarandeándome el hombro.

-Hemos llegado. Despierte

-¿Qué? ¿Dónde?

-A la cochera.

-¿Cómo?. Yo voy hasta el polígono.

-Hoy llego hasta la cochera.

-¡Te volviste loco, chico!. - Había por lo menos 45 minutos andando.

-Lo siento mucho caballero, pero los días festivos no entramos en el polígono. Tiene usted que bajarse del vehículo.

-¿Caballero?

Llegué empapado en sudor. Golpeé la puerta metálica. No hubo respuesta. Golpeé de nuevo, estaba agotado y muerto de sed. Nada. Encajé dos patadas con rabia que hicieron vibrar toda la verja. La puerta grande de entrada y salida de camiones cedió ligeramente y aunque estaba atada con una cadena y un candado pude halar lo suficiente para pasar por la abertura.

En la entrada a ambos lados hay una rampa larga que se eleva cerca de un metro del asfalto el espacio que queda entre las dos rampas hace de muelle para que los camiones puedan meter sus culos gordos y hambrientos y llenarlos con los paquetes que les hemos preparado.

Subí por la rampa derecha. Al fondo está la cámara de frío donde se almacena la fruta y la verdura, la del pescado es la siguiente, después el montacargas y frente a este la caseta del vigilante.

A través de la ventana de la caseta podía verlos de pie uno al lado del otro, con la vista clavada en el televisor. Sus rostros parecían haberse puesto de acuerdo, mostraban una expresión que se encontraba en un punto entre incredulidad y espanto. Hice señas pero no advirtieron mi presencia. Me acerqué, la puerta estaba abierta. Me disculpé por llegar tarde pero no me hicieron caso, el vigilante dijo algo que no comprendí. La imagen de la pantalla era impresionante, dos

rascacielos, los dos en llamas, el humo negro ascendía hacia el azul muy azul del cielo.

Al cabo de unos días comenzó el curso. Después de intercambiar saludos se habló de las vacaciones, hubo 2 Nueva York, uno antes y otro durante los ataques; 1 Cairo; 2 temporadas en Ibiza; 1 Tenerife en régimen de visita familiar. Todos parecían satisfechos de como habían aprovechado el verano. Mi intervención fue breve, casa-trabajo-descanso-playa-trabajo-casa. Mi triángulo amoroso.

Entré en la clase, las luces estaban apagadas, en la pantalla pasaban una escena de una película de Hitchcock, era un bucle, la escena se repetía una y otra vez. Ymlg Ymlc hablaba del pequeño voyeur que llevamos dentro, nos queremos dedicar a esto porque en el fondo no somos más que unos mirones. Hitchcock seguramente tuvo una educación muy estricta y por eso se obsesionó con los escotes y los culos de las señoras. Con qué nos obsesionaremos nosotros. Me sentí mareado, salí del aula y fui al baño. Me senté. Debía tener un tapón o algo porque al principio me costó mucho pero en cuanto salió, Dios, se me voltearon las tripas en la taza. Me lavé la cara, mi reflejo en el espejo decía que estaba pálido como una tiza. Salí al pasillo y fui hasta la galería para tomar aire. Céline sacaba café de la máquina.

-¿Estás bien?

-Um, sí. Me sentí un poco mareado, sólo eso. Ahora me siento mejor.

-Bien, mañana empezamos ¿no?.

-Sí, a las 11:00.

Nestor entró, nos saludo con un movimiento de manos. Céline regresó a la sala, estaba montando el equipo de edición. Se fue resoplando el café, el humo se alborotaba con cada resoplido.

-¿Que te pasó que saliste corriendo de esa forma? ¿eh?. Preguntó Nestor

-Hitchcock me recordó que llevaba como cuatro días sin cagar.

-Ey, hay planes para esta noche, vamos al Bum Bum a celebrar el regreso, eh. ¿Que te parece? ¿Eh?. Escúchame lo que te iba a decir estamos en la lista.

-Hecho.

Para entrar al Bum Bum necesitas una invitación y todo eso. La lista del día está en internet, tienes que cazarla, saber dónde buscar, tener contactos para conseguir apuntarte. En la entrada del club tienes que dar tu nombre, lo comprueban si estás en la lista, adelante, si no te quedas afuera. La programación del día parecía prometedora. DJ FuCk U FirSt vs. La muerte en coco. Presentando la inauguración de la video instalación Peace pigeon & the stupid governors.

-Nombre

-Lucas, Lucas Urdaneta

-A ver- Deslizó el dedo por la hoja. Estaba en la lista.

-Okey, ¿Quieres recibir información de los eventos semanales por correo electrónico?.

-Sí, claro.

El local estaba iluminado con focos rojos y verdes. En las columnas falsas repartidas por la sala habían focos ultravioleta que hacían luz de relleno. El color de las pieles y los ojos era sobrenatural, los que iban vestidos de blanco parecían bengalas de salvamento. A unos metros de la entrada había un cuarto pequeño, en la pared del fondo había un mueble, era como un cajero automático con su teclado y su pantalla, una reproducción muy fiel. En el descansillo del borde había una tarjeta, la tomé y la introduje en la ranura, la pantalla se iluminó, aparecieron imágenes de

cámaras de vídeo vigilancia. Iban pasando en secuencia, se veían distintos tipos de cámaras en diversos lugares. Noté que arriba de la pantalla había un ojo de pez. Miré a través. Había una habitación, toda blanca, las paredes, el suelo. En ella un hombre daba vueltas como loco buscando la salida, sólo que no había, no había ninguna puerta o ventana para salir.

-Nos oprimen, nos mantiene controlados, la mente virtual nos vigila con sus lentes telescópicas que están en todas partes, Lo entiendes-. La voz salió de las sombras.

Era una mujer joven, necesitaba que le diera un poco el sol.

-Coño que susto, chica. ¿qué haces ahí?.

-Observar, plasmar.

-Ya, ¿Esto lo has hecho tu?.

-Y eso que importa. Lo importante es la obra

-Por supuesto. ¿Una copa?

Resultó que se llamaba Ona y era una verdadera fuerza de la noche. Todo el mundo la conocía, Sabía conseguir buen material. Pasaba de la carcajada al llanto igual que un niño pequeño.

El arte es como mear, cuando no hay ganas por mucho que te esfuerces no sale nada y cuando hay ganas sale un chorro. Algunas veces es un buen chorro que salpica por todas partes, la mayoría de veces es un hilito de mierda que pasa desapercibido. Todo el mundo puede mear, pocos lo hacen bien.

Daniel, un amigo del Compi se había tragado un cartón y se dedicaba a perseguir las luces que se proyectaban en el suelo de la pista de baile, pequeños haces de colores moviéndose al ritmo musical. Daniel parecía contento y satisfecho. Bebimos y bailamos. Ona me presentó a unos

amigos, luego los amigos de los amigos de Ona propusieron que fuéramos a El culo del mundo, una disco clandestina que está en las afueras. A partir de ahí confusión. Trozos fragmentados de la memoria. Una conexión de ideas cada 5 pensamientos. Los coches, la calle, la avenida, la circunvalación, la carretera, el gas, el fuego.

A la mañana siguiente me desperté en una habitación que no reconocía. Era de techos altos y había dos puertas grandes. Abrí una que daba a otro cuarto lleno de trastos, cerré y fui hacia la otra, abrí y me encontré con una valla, de esas que ponen cuando hacen obras de reparación en la calle, la aparté había un pasillo largo, parecía una casa bastante grande, fui hasta la cocina, todo era de mármol, estaba manchado y en general en mal estado pero parecía bastante sólido, incluso la chimenea que servía de desahogo para un horno antiguo de carbón que había, supuse que lo tenían de adorno. Vi la hora, las doce. Me había citado a las once con Céline. Ya era tarde. Salí rápido, en la puerta de entrada me detuve y miré de un lado a otro, era el pasillo más largo que había visto jamás. En cada extremo un salón amplio, la decoración era bastante extraña, los muebles parecían reciclados de la calle, había posters y frases escritas en las paredes, del techo colgaban telas. Sí, definitivamente era la casa de Ona. Adiós.

Afuera llovía. Caminé para despejarme. En el arcén se acumulaban las hojas que arrastraba el agua.

Cuando llegué Céline estaba terminando el volcado de imágenes. Me disculpé, ella no dijo nada. Observé las imágenes que pasaban por la pantalla. Rápidas. Entrecortadas. Más mierda dentro de la mierda. Y me dijo: haremos algo con esto. Yo no le veía sentido y ella repitió: haremos algo con esto, no te preocupes.

Movía el lápiz por la tableta de una forma excitante. Construía una secuencia, yo le decía

que no me gustaba, ella invertía el orden de las imágenes, sacaba de un lado y ponía en otro. El lápiz bailaba vals entre sus dedos, la tableta era la pista de baile. Era buena pero el material era penoso, basura. Y lo hicimos, nos costó una semana. Al final salió un cortometraje de veinte minutos incontables. Quizás esto no sea lo mío.

Todo es cuestión de práctica

Amanecí desganado, ni siquiera quería levantarme de la cama. No tenía razón alguna para estar así, quiero decir que no me sentía enfermo o deprimido ni nada de eso, simplemente deseaba quedarme tranquilo, en cama, descansando. No quería practicar. Las cosas habían perdido sentido. Estudiar, luego al trabajo, a casa y al día siguiente de vuelta a lo mismo. Miles de horas invertidas en trayectos inútiles que llevan a ninguna parte o en el mejor de los casos al punto de partida. Tanto esfuerzo para qué, ¿Para ser un hombre de bien? ¿Un profesional cualificado y preparado para afrontar la vida moderna, veloz y devoradora? Por cierto ¿Qué es un hombre de bien?

Decidí quedarme donde había empezado. Por ahora la cama. Pasó la mañana y seguí acostado, la tarde: igual, la noche: igual. Sólo me levanté a mear, luego fui a la cocina y comí las sobras del día anterior y volví a las sábanas. Por supuesto ese día no fui al trabajo, ni al siguiente, ni en lo sucesivo. Me llamaron hasta el cansancio del trabajo, de la academia, Céline. Hasta que el teléfono se quedó sin batería.

Pasaron tres días y seguía en cama. Los huesos estaban entumecidos, me dolía la espalda, tenía que salir de ahí. Preparé café y comí un poco de pan. Me puse lo primero que encontré y salí. El sol me deslumbró dejándome ciego y aturdido por un instante. Me repuse y caminé sin rumbo pues no se me ocurría ningún lugar a donde ir. Me sentía diferente, la calle parecía extraña, nueva. El hecho de no tener que correr para llegar a tiempo era liberador, era como si en la cárcel te

dejasen pasar todo el día en el patio y sólo tuvieses que entrar en la celda para dormir. Llegué al centro, fui metiéndome por las callecitas y recovecos del casco antiguo. Entré en un bar, me senté en la barra y pedí una cerveza, a mi lado un hombre jugueteaba con una botella de cerveza medio vacía, la agarraba con los dedos por el pico y la hacía girar sobre su eje, cuando se detenía repetía la acción tranquilamente. Estaba claro que tampoco tenía a donde ir. Una chica entró, tenía rastas largas, por debajo de la cintura, envueltas en hilos de diferentes colores y la nariz curvada, en su conjunto era un hermoso papagayo. Le preguntó al camarero si le podía dejar unos flyers y sin esperar respuesta depositó unos cuantos en un cajón que había en la barra. Tomé uno que me llamó la atención, simulaba ser una polaroid de un tipo con los ojos cubiertos por una banda negra para ocultar su identidad sosteniendo un pack de cerveza. En la camiseta que llevaba ponía:

NO JOB

NO MONEY

NO GIRL

NO PROBLEM

YEAH!

Era el anuncio de otro bar.

-Un tipo listo.- Le dije al de la botella.

-Ya ves.

Apuré la cerveza y salí de ahí. Seguí hasta una plaza. Me senté en el borde de la fuente que había en el centro. Un grupo de turistas pasó en tropa rodeando la fuente, iban montados en bicicletas, de los portaequipajes se alzaban unas varas flexibles con unas banderillas triangulares

ondeando, casi rígidas en el extremo. Eran rubios y tenían la piel enrojecida. De repente me parecieron toros de lidia albinos dando vueltas por la plaza, buscando al picador que los había jodido clavándoles las banderillas. En fin cada uno lleva su cruz, su estigma, su bandera o como quieran llamarlo, lo mejor que puede. Seguí caminando, sin darme cuenta me metí en una calle ciega, había un edificio abandonado a medio terminar, las columnas de concreto moldeadas en formas cilíndricas y rectangulares se erguían como un esqueleto de cuatro alturas en la ciudad. Gritos y risas intercaladas hicieron que me asomara. Eran tres niños que jugaban a la pelota entre los escombros, me acerqué, en cuanto me vieron salieron corriendo. Había sacos de cemento regados por todas partes, subí las escaleras. Primer piso: ladrillos y más sacos de cemento. Segundo: lo mismo. Tercero = cuarto menos unas varillas que brotaban del suelo, espárragos de acero apuntando al cielo nublado. Me senté en el borde, las piernas me colgaban. Observé el horizonte, la noche comenzaba a ganar terreno. Los edificios, habitando en la ciudad, contenedores de almas. Y este que coronó inacabado es mi alma de concreto. Localizo el problema, por un instante soy capaz de ordenar los pensamientos. Todo lo que he hecho ha sido seguir, seguir sin parar pero aún así nunca he sido capaz de terminar nada de lo que he empiezo. Todo me resulta monótono una vez que comienza a girar la rueda. Bien me sentí satisfecho, era realmente bueno en algo: dejar los proyectos a medias. No iba a volver al trabajo, ni siquiera iba a molestarme en avisar. Dejaría el curso, de todas formas no era demasiado bueno y tampoco me sentía bien haciéndolo. Tal vez debería irme de viaje, no lo sé. Cuando no tenga más dinero buscaré un trabajo cualquiera y vuelta a la rueda. Quizás de eso se traten mis ciclos vitales.

Mi primer proyecto inacabado fue la universidad, recuerdo que cuando decidí dejarla el papá de Beatriz que en aquella época era mi novia me dijo, “Lucas, tenga en cuenta mijo que si usted hace eso será un fracasado el resto de su vida, y a partir de ahí irá acumulando fracasos uno detrás

de otro. Llegará un día en el que mire para atrás y lo único que verá es un inmenso basurero, el suyo.”

La noche por fin cubrió la ciudad.

Pasé por el Bum Bum y no vi a nadie. No era tan importante. Pensé en Céline, quizás quisiera dar una vuelta, total mañana quien sabe que día será. Tenía que verla. Probé suerte, aceptó salir sólo si la llevaba a bailar, soy un desastre de bailarín pero puedo defenderme. Caminamos un poco. Comimos de pie en la calle, nos sentamos en un banco. Mientras compartíamos una cerveza observábamos como la masa hacía la cola para entrar en el local. Esperamos. Nos pusimos en la cola. Entramos.

Me hizo bailar, cualquier cosa, lo que sonaba, lo que no sonaba, nos acariciamos en la terraza. Le dije que sus manos me excitaban. La besé, sin remordimientos. Un beso largo. Mi lengua navegaba con la suya. Los DJ's lo hacían bien. Pensé: ¿Es hora de irse o espero a la última canción? Ella dijo: vamos a tu casa.

El taxista tomó la curva empinada con gran facilidad. La carretera continuaba ascendiendo. Por el lado derecho se veía el borde del barranco lleno de matorrales y entre los claros, trozos cortados del tramo de carretera que íbamos dejando atrás; de fondo una cantidad de lucecitas dispersas iluminaban la ciudad.

Dejamos de ascender. El conductor aceleró. Le dije que tomara el camino de tierra que había delante.

– Es la casa del final – dije.

El zumbido de las ruedas en el asfalto se fundió con el chasquido de la gravilla y las hojas secas que habían esparcidas por todo el terreno, dejando detrás nuestro una nube de polvo rojizo

que parecía sobrenatural. El taxista se detuvo, estaba asustado, se le notaba. Quizás pensaba que le queríamos atracar y se lamentaba por que no llegaría a tiempo a casa para descubrir a su mujer en la cama con “el otro”. Sí, eso es lo que más quería ahora mismo en el mundo, llevaba toda la noche esperando este momento. Hacía semanas que lo sospechaba y está noche tenía planeado descubrir el engaño. Llegar antes de la hora, sigiloso como una rata y matar al hijo de puta, y matar a la hija de puta. Y lanzarse él al vacío de la desgracia; pero ahora una pareja de desconocidos le iban a arruinar los planes. Si tan sólo hubiese seguido de largo, si hubiese decidido no hacer ese último servicio.

Céline saco del bolsillo todo lo que tenía, entre los dos reunimos el dinero para pagarle al taxista, sin despedirse, echó marcha atrás rápidamente atravesando la nube de polvo que aún flotaba en silencio.

Nos quedamos mirando como se iba y echamos a reír. Le dije que estábamos justo en el límite de dos municipios. Ella estaba de un lado y yo del otro separados por una línea imaginaria. Nos besamos con fuerza. Nuestras lenguas se cruzaron intermunicipalmente.

Bajamos las escaleras que conducen a la casa. Son muy empinadas y no tienen pasamanos. A ambos lados hay pequeñas plantas ornamentales. Ella se apoyó en la puerta y seguimos besándonos, con una mano intentaba abrir la puerta y con la otra desabrocharle la falda, no conseguía ninguna, así que me concentré en la cerradura. Estaba muy oscuro, fuimos rebotando de pared en pared hasta mi habitación.

Enrollados en la cama acariciamos, palpamos, lamimos, jadeamos, mordimos, sudamos. La explosión del gozo manchó la almohada y la pared.

En la cama boca arriba, con la mirada perdida en la blancura estúpida del techo encendí un cigarrillo. Céline estaba a mi lado.. Observé su espalda. Era lisa y agradable como un buen vaso de

limonada. Tenía pecas repartidas por todas partes, no eran muchas pero se notaban. Pasé la palma de la mano por el contorno de su cuerpo que parecía un dibujo a contraluz. Era suave.

-Es curioso- Dijo- Se ven claramente los árboles a través de la ventana y sin embargo afuera no hay ningún tipo de alumbrado.

-La noche está despejada y la luna casi llena.

-Es un recuerdo de mi infancia. - Continuó como hipnotizada.- De pequeña vivía en la campiña y recuerdo muchas noches como está. Todo el paisaje bañado con cinco mil quinientos grados Kelvin de luz. Parece la misma luz de luna, sólo que no lo es.

Me levanté y fui al baño. Abrí el grifo de la ducha. Dejé que me cayera el agua fría. No tenía cortina de baño así que todo se fue salpicando de agua. Céline entró y se metió en la ducha conmigo nos enjabonamos en silencio. El suelo resbalaba. Lo hicimos suavemente para no caernos, ella estaba apoyada de cara a la pared. Tuve que ponerme en puntillas para penetrar bien, lo conseguí. Me movía lento. El agua me caía en la cara, los gemidos se escurrían con el agua hasta el desagüe. Costó aclararnos el jabón debido al agua fría. Temblábamos, aún así estaba excitado. Nuestras pieles erizadas chirriaban al chocar. Tomé la toalla y sequé su cuerpo. Empecé por el pelo y fui bajando, luego ella hizo lo mismo.

Me Pidió que pusiera un poco de música. Tomé Yo soy de Café Tacuba, lo saqué de la funda, lo metí en el reproductor de CD y comenzó a sonar. Céline me besó, nos dejamos caer sobre el suelo, nuestras caderas se acompasaron con la música. Ella se movía hacia delante y hacia atrás, yo me quedé quieto. Tomó mis manos y las frotó contra su pecho un rato. Me agarró por los hombros, apoyó las rodillas en el suelo, subía y bajaba con mucha fuerza. Por momentos se me salía y ella me la aplastaba, me dolía pero no me importaba, yo la agarraba y la volvía a meter. Céline se detuvo, se

reclinó hacia delante, nuestras frentes chocaron, Tenía la respiración entrecortada. Sudaba. Nos quedamos así por un tiempo que me pareció eterno. El disco había terminado y había vuelto a empezar.

Se acercó a la ventana y prendió un cigarrillo. Me senté en el borde de la cama, el humo hacía figuras que se disolvían casi enseguida.

-Me gusta la canción que suena.

-Ya, es buenísima.

-¿Sabes como llaman los franceses al orgasmo?

-Ni idea

-La petite mort, la pequeña muerte

-¿En serio? pues no lo sabía.

-Quizás no nos volvamos a ver, al menos por un tiempo. Tu te vas a ir quién sabe dónde y yo me voy fuera toda la primavera.

Apagó la colilla en el alféizar, lo arrojó y cerró la ventana. Tomó el bolso que estaba a un lado, se acercó hacia mí, con la otra mano me empujó, caí de espaldas en la cama con los pies apoyados en el suelo. Sonrió. Se sentó en mi barriga. Sacó del bolso un reloj Casio con calculadora incorporada. En la otra mano sostenía un cuchillo. La empuñadura era más grande que la hoja. Me clavó la punta en el pecho e hizo un corte de arriba a abajo. No parecía profundo y no sentí dolor mientras veía como manaba la sangre. Le dije que hacía mucho no veía un reloj de esos, que los habían dejado de fabricar y que seguramente dentro de unos años sacarían una edición para coleccionistas. Introdujo el reloj por la herida. Removía buscando el mejor sitio para depositarlo. Le

pregunté que qué era lo que hacía, que si se había vuelto loca, le dije: que coño haces, ese reloj no está en hora. Y ella dijo: lo se.

Bajamos las escaleras, a un lado las hileras de las casas iban pasando despacio. Todas eran iguales, al otro lado la grama estaba muy verde. Era una mañana fresca y limpia. Llegamos al final de las escaleras y seguimos por la calle que conducía al metro.

En la entrada nos besamos. Me dio un fuerte abrazo y me acarició la cara. El sol ya estaba alto. Céline bajó por las escaleras hacia la boca del metro y se perdió en la oscuridad con la gente que entraba y salía.

■■■